

LXVIII.

DECLÁRASE PARTIDARIO DE LA REVOCACIÓN DE LA LEY
DEL «SETTLEMENT.»

A su llegada, aunque juró salvajemente contra la ley de colonización (*settlement*), y trataba de abominables los intereses de la colonia, diciendo que aquello era una infamia y tratándola de obra del infierno, aun sostenía su convencimiento de que la distribución de la propiedad no podía haberse alterado en el trascurso de tantos años (1). Pero á las pocas semanas de permanecer en Dublín, ya se expresaba de otro modo. Empezó á arengar con gran vehemencia en el Consejo acerca de la necesidad de devolver las tierras á sus antiguos poseedores; hasta entonces, sin embargo, aun no había alcanzado la sanción de su amo para llevar á cabo tan fatal proyecto. Aun luchaba débilmente con la superstición el sentimiento nacional en la mente de Jacobo. Él era inglés y rey inglés, y no podía, sin algunos recelos, consentir en la destrucción de la colonia más importante de cuantas hasta entonces fundara Inglaterra. Los católicos ingleses con quienes generalmente se aconsejaba, estaban casi unánimemente en favor de que se conservase la ley actual de división de la propiedad. No sólo el honrado y moderado Powis, sino el disoluto y testarudo Dover, dieron en aquella ocasión consejos patrióticos y juiciosos. No podía casi esperar Tyrconnel contrarrestar á tan gran distancia el efecto que tales consejos debían

(1) *Clarendon á Rochester*, junio 8, 1686.

producir en el Monarca. Decidido á defender, en persona, los intereses de su raza, á fines de agosto se puso en camino para Inglaterra. Igual temor inspiraban su presencia y su ausencia al lord Lugarteniente. Era, en verdad, penoso verse diariamente atropellado por un enemigo, pero no era menos penoso saber que diariamente murmuraba calumnias y malos consejos en los oídos del Rey. Clarendon vióse sujeto á multitud de mortificaciones. Hizo un viaje por el campo, y encontró que por doquiera la población irlandesa le trataba con desprecio. Los sacerdotes católicos exhortaban á sus oyentes á no concederle la menor muestra de respeto. La *gentry* irlandesa, en vez de acudir á rendirle homenaje, permanecía en sus casas, y los paisanos por todas partes entonaban en lengua erse canciones en alabanza de Tyrconnel, el cual, según ellos, pronto volvería para completar la humillación de sus opresores (1).

LXIX.

INCURRE CLARENDON EN EL DESAGRADO DE JACOBO.

Apenas había regresado el Virey á Dublín de su malhadado viaje, cuando recibió cartas informándole que había incurrido muy seriamente en el desagrado del Monarca. S. M., decían las cartas, esperaba que sus servidores no sólo harían lo que les mandase, sino que lo harían de todo corazón, con buena cara y alegre continente. Cierto que el lord Lugarteniente no había negado su cooperación á las reformas introducidas en

(1) *Clarendon á Rochester*, setiembre 23 y octubre 2, 1686; *Consejos secretos del partido católico en Irlanda*, 1690.

el ejército y en la administración civil; pero había prestado su cooperación como forzado y con repugnancia: sus miradas habían manifestado cuáles eran sus verdaderos sentimientos, y á todos era notorio que desaprobaba la política que estaba encargado de llevar á efecto (1). Angustiadamente trató el Virey de defenderse, pero se le contestó con gran frialdad que su defensa no era satisfactoria. Entonces, apelando a los términos más abyectos, declaró que no intentaría justificarse; que desde luego asentía á la opinión del Rey, cualquiera que fuese; que se prosternaba en el polvo; que imploraba perdón; que de todos los penitentes él era el más sincero; que para él no había mayor gloria que morir por la causa de su soberano, pero que no le era posible vivir si el Rey le privaba de su gracia. Y no era esto mera hipocresía dictada por el interés, sino que acusaba, en parte al menos, servilismo sincero y pobreza de espíritu, porque en cartas confidenciales que no había de ver el Rey lamentábase con su familia en el mismo tono. Decía en estas cartas que era un miserable, que estaba perdido, que no podría soportar el enojo del Rey; y si aquel enojo no se mitigaba, la vida le sería indiferente (2). El terror del pobre hombre aumentó cuando supo que en Whitehall se había dispuesto llamarle, nombrando en su lugar á Tyrconnel, su calumniador y rival (3). Sin embargo, por algún tiempo el cielo pareció serenarse; el Rey estaba de mejor humor, y durante algunos días Clarendon se lisonjeó de que al fin la intercesión de su hermano había prevalecido poniendo á la crisis término feliz (4).

(1) *Clarendon á Rochester*, oct. 6, 1686.

(2) *Clarendon al Rey y á Rochester*, oct. 23, 1686.

(3) *Clarendon á Rochester*, oct. 29 y 31, 1686.

(4) *Ibid.*, nov. 27, 1686.

LXX.

ROCHESTER ATACADO POR LA CÁBALA.

Lo cierto es que la crisis estaba empezando. Mientras Clarendon trataba de sostenerse con el apoyo de Rochester, éste apenas podía sostenerse á sí mismo. Así como el hermano mayor en Irlanda, no obstante conservar todavía la guardia de honor, la espada de ceremonia y el título de excelencia, había sido en realidad suplantado por el jefe del ejército, del mismo modo en Inglaterra, el más joven, aunque conservaba la vara blanca, y marchaba, por virtud de su alto empleo, delante de los más grandes nobles de cuna, declinaba con tal rapidez que casi se reducían sus funciones á ser un mero escribiente de hacienda. El Parlamento se prorrogó nuevamente para un día lejano, en contra de los conocidos deseos del Tesorero; ni siquiera se le dijo que iba á haber nueva prórroga, dejándole que supiese la noticia por la *Gaceta*. La dirección efectiva de los negocios había pasado á los de la Cábalá, que comían con Sunderland los viernes. El Gabinete se reunía tan solo, á oír leer los despachos de las cortes extranjeras, en los cuales no se contenía nada que no fuese ya conocido en la Bolsa; porque todos los embajadores ingleses tenían orden de comunicar en las cartas oficiales lo que era asunto general de conversación en las antecámaras, dando parte reservadamente de los secretos de importancia á Jacobo, á Sunderland ó al padre Petre (1). A pesar de esto no estaba contenta la facción victoriosa. Los que más

(1) Barillon, set. 13 (23), 1686; Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 99.

confianza inspiraban al Rey le aseguraban que la obstinada oposición que encontraban en el país sus designios debía atribuirse á Rochester. ¿Cómo podía el pueblo creer que su Soberano estaba firmemente resuelto á continuar en la nueva senda, cuando veían á su derecha, siendo al parecer el primero en poderío y confianza entre sus consejeros, un hombre que, según todos sabían, reprobaba de todo corazón la conducta seguida por el monarca? Cuantas medidas se habían adoptado con objeto de humillar la Iglesia anglicana y elevar la religión católica, habían encontrado oposición en el Tesorero. Ciertamente que cuando consideraba inútil la oposición se sometía, aunque con repugnancia, llegando algunas veces hasta prestar su ayuda para la ejecución de los mismos proyectos que con más calor había combatido. Era también cierto que siendo contrario á la Comisión eclesiástica, había consentido en ser uno de sus miembros, y al mismo tiempo que declaraba no encontrar nada censurable en la conducta del Obispo de Londres, había votado á pesar suyo y con repugnancia la sentencia del Prelado. Pero esto no bastaba. Un príncipe decidido á terminar empresa tan importante y ardua como la acometida por Jacobo, tenía derecho á esperar de su primer Ministro, no aquiescencia forzada, sino celosa y entusiasta cooperación. Al mismo tiempo que tales consejos escuchaba diariamente Jacobo de los depositarios de su confianza, recibía por el correo interior multitud de cartas anónimas llenas de calumnias contra el lord Tesorero. El inventor de este sistema de ataque había sido Tyrconnel, y á la verdad no dejaba de estar en perfecta armonía con todos los actos de su infame vida (1).

(1) MS. de Sheridan.

El Rey vacilaba; y en verdad parece que realmente miraba á su cuñado con algún cariño, efecto del parentesco, de la familiaridad que por mucho tiempo había reinado entre ambos, y de los muchos y muy buenos servicios que se habían prestado mutuamente. Es probable que mientras Rochester continuase sometiéndose, aunque murmurando y con poca diligencia, á los regios deseos, continuaría siendo de nombre primer Ministro. Sunderland, por tanto, con gran astucia sugirió á su amo la idea de pedir á Rochester la única prueba de obediencia que era completamente seguro no daría nunca el Tesorero. Actualmente,—tal era el lenguaje del astuto secretario,—era imposible consultar al primer servidor del Rey respecto á lo que principalmente ocupaba la atención del Soberano. Era en realidad lamentable pensar que las preocupaciones religiosas privasen en tal coyuntura al Gobierno de ayuda tan valiosa. Tal vez aquellas preocupaciones no fuesen completamente invencibles. Y aquí el sagaz consejero indicaba que, según él sabía, Rochester hacía ya tiempo abrigaba algunas dudas acerca de los puntos discutidos entre católicos y protestantes (1).

LXXI.

INTENTA EL REY CONVERTIR Á ROCHESTER.

Nada más era preciso para que el Rey acogiese la idea con entusiasmo. Lisonjeábase ya de poder al mismo tiempo evitar el disgusto de privarse de un amigo y asegurar un hábil partidario para la gran

(1) Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 100.

obra emprendida. Animábale también la esperanza de que muy bien podía alcanzar el mérito y la gloria de salvar á un semejante de la perdición eterna. Por este tiempo, á lo que parece notábase en el Rey inusitado y extraordinario celo por su religión, lo cual es aún más digno de nota por haber incurrido precisamente entonces, después de breve intervalo de continencia, en los desórdenes que todos los teólogos cristianos condenan, y que en un hombre de edad, casado con una mujer joven y agradable, apenas tienen excusa, aun á los ojos de la gente de mundo. Lady Dorchester había regresado de Dublín y era nuevamente la dama del Rey. Su regreso políticamente carecía de importancia, pues sabía ella por experiencia que era locura pretender salvar á su amante de la ruina á que ciegamente corría. Dejó, pues, que los jesuitas dirigiesen la conducta política del Rey, y ellos en cambio dejaron que ella le sacase cuanto dinero pudiese. Por lo demás, Lady Dorchester no era la única mujer que por este tiempo compartía con su amada Iglesia la posesión del alma del Soberano (1). A lo que parece, estaba resuelto á imponerse algunas penitencias por el abandono en que tenía el bienestar de su alma, y éstas consistían en trabajar por la salvación de las almas de los demás. Puso, pues, manos á la obra de convertir á su pariente, con sincero buen deseo, pero con el buen deseo de un espíritu inculto, cruel y arbitrario. Cuantas audiencias obtenía el Tesorero, se empleaban en discutir acerca de la autoridad de la Iglesia y del culto de las imágenes. Rochester estaba firmemente resuelto á no abjurar de su religión, pero no tenía el menor escrúpulo en recurrir, para defenderse, á artificios tan cen-

(1) Barillon, set, 13 (23), 1686; Bonrepaux, junio 4, 1687.

surables como los empleados en contra suya. Su lenguaje era el de aquel que no está seguro de su fe, manifestándose deseoso de ser ilustrado si estaba en error, pidiendo libros católicos y escuchando con atención á los teólogos de la Iglesia de Roma. Tuvo varias entrevistas con Leyburn, vicario apostólico, con Godden, capellán y limosnero de la Reina viuda, y con Buenaventura Giffard, teólogo habituado á la polémica en las escuelas de Douay. Convínose en celebrar una controversia formal entre estos doctores y algunos clérigos protestantes, y el Rey dijo á Rochester que podía elegir entre todos los ministros de la Iglesia anglicana, á excepción tan solo de dos personas. Los proscritos eran Tillotson y Stillingfleet. Tillotson, el predicador más popular de la época y el hombre de carácter más inofensivo, había estado en íntima relación con algunos caudillos whigs, y Stillingfleet, que tenía fama de consumado maestro en el manejo de todas las armas de la controversia, había cometido delito de más consideración al publicar una respuesta á los papeles encontrados en el cofre de Carlos II. Rochester eligió los dos capellanes reales que á la sazón estaban de servicio. Era uno de ellos Simón Patrick, cuyos comentarios á la Biblia aún figuran en las librerías religiosas; el otro era Jane, ardentísimo tory que había ayudado á la redacción de aquel decreto por el cual la Universidad de Oxford adoptaba solemnemente las más extravagantes locuras de Filmer. Verificóse la conferencia en Whitehall el 13 de noviembre. Rochester, no queriendo que se supiese que había consentido ni aun en oír los argumentos de los sacerdotes católicos, impuso como condición que todo se llevase á cabo en secreto; y en efecto, el único oyente fué el Rey. El asunto de la discusión era la presencia real, y los teólogos católicos habían-

se encargado de la prueba. Patrick y Jane hablaron poco, y no fué preciso que hablasen más, porque el mismo Conde tomó la defensa de la doctrina de su Iglesia, y como siempre le pasaba, pronto se acaloró con la disputa y, no siendo dueño de sí, preguntó con gran vehemencia si acaso esperaban que con tan triviales argumentos cambiase de religión. Entonces, recordando cuánto arriesgaba con tal conducta, mudó nuevamente de parecer, cumplimentó á los teólogos por su habilidad y ciencia, y pidió tiempo para reflexionar en lo que había oído (1).

A pesar de los cortos alcances de Jacobo, no se le ocultó que todo esto era mero fingimiento, y dijo á Barillon que el lenguaje de Rochester no era propio de un hombre sinceramente deseoso de conocer la verdad. Sin embargo, no agradaba al Rey proponer directamente á su cuñado la única alternativa posible, esto es, apostatar ó salir del Gobierno; pero tres días después de la conferencia, Barillon, visitando al Tesorero, tras muchos circunloquios y protestas de amistad le dió la triste nueva. «¿Creéis, dijo Rochester, aturdido por los rodeos y frases ceremoniosas en que iba envuelta la intimación, *que si no me hago católico la consecuencia será tener que dejar mi puesto?*—Yo no digo nada de consecuencias, contestó el astuto diplomático, *vengo solamente como amigo á advertiros que debéis cuidar de no perder el puesto.*—Pero con seguridad, dijo Rochester, *lo que sencillamente significa todo esto es que ó me hago católico, ó tengo que irme.*» Hizo muchas preguntas

(1) Barillon, dic. 2 (12), 1686; Burnet, I, 684; Clarke, *Vida de Jacobo II*, 10; Dodd, *Historia de la Iglesia*. He intentado componer una relación verdadera con tan contradictorios materiales. En mi opinión, dedúcese claramente de los papeles de Rochester que en esta ocasión no se mostró en manera alguna tan testarudo como nos le representan Burnet y el biógrafo de Jacobo.

á fin de asegurarse de la procedencia de la noticia, pero sólo pudo obtener vagas y misteriosas respuestas. Al fin, afectando una confianza que estaba lejos de sentir, declaró que Barillon debía estar engañado ó dar crédito á falsos y maliciosos rumores. «*Os digo, añadió, que el Rey no me hará salir, y yo no estoy dispuesto á presentar la dimisión. Yo le conozco, él me conoce, y no temo á nadie.*» El francés contestó que se alegraba muchísimo, que le complacía en extremo encontrarle tan confiado, y que la única causa de haber mediado él en el asunto era lo mucho que deseaba la prosperidad y dignidad de su excelente amigo el Tesorero. Y de este modo se separaron los dos hombres de Estado, lisonjeándose cada uno de haber engañado al otro (1).

Entre tanto, á pesar de todas las recomendaciones para que se guardase el secreto, la noticia de que el lord Tesorero había consentido en dejarse instruir en las doctrinas de la religión católica habíase esparcido rápidamente por toda la ciudad. Habían visto á Patrick y á Jane al dirigirse á la misteriosa puerta que conducía á los aposentos de Chiffinch. Algunos católicos de la Corte, fuese indiscreción ó astucia, habían dicho todo y aun más de lo que sabían. Los toríes anglicanos esperaban ansiosamente noticias más minuciosas. Mortificábales en extremo pensar que su jefe hubiera podido vacilar siquiera en sus opiniones, pero en modo alguno creían que hubiese descendido hasta la apostasia. El infortunado Ministro, torturado á un tiempo por fogosas pasiones y bajos deseos, irritado por la pública censura, lleno de enojo por las indicaciones que le hiciera Barillon, temiendo perder el decoro y temiendo perder el empleo, acudió al gabinete del Rey. Estaba dispuesto, para mantenerse en su

(1) De las *Minutas* de Rochester, fechada el 3 de dic. 1686.

puesto, á cometer todas las villanías, á excepción de una sola. Fingiría dudar de sus creencias religiosas y estar ya medio convertido; prometería ayuda decidida á la política á que hasta entonces se había opuesto, pero si las cosas llegaban á la última extremidad, se negaría á cambiar de religión. Empezó, pues, diciéndole al Rey que el asunto que tanto interesaba á S. M. no estaba dormido; que Jane y Giffard se ocupaban en consultar libros sobre los puntos discutidos entre ambas Iglesias, y que una vez terminadas estas investigaciones, sería conveniente celebrar una nueva conferencia. Quejóse en seguida amargamente de que toda la ciudad supiese lo que debía haberse ocultado cuidadosamente, añadiendo que algunas personas, que á juzgar por su situación debían estar bien informadas, referían cosas extrañas respecto á las intenciones del Rey. «*Corre el rumor, decía, que si no hago lo que V. M. desea, no podré continuar en mi puesto.*» El Rey dijo, entre frases cariñosas, que era difícil poner coto á las hablillas de la gente, y que no debía darse importancia á rumores sin fundamento. No bastaban frases tan vagas á calmar la perturbada inteligencia del Ministro. Su agitación llegó á hacerse violenta, y comenzó á defender su empleo con igual calor que si se tratase de la vida. «*Vuestra Majestad ve que hago lo que puedo por complacerle, y en lo sucesivo haré cuanto esté en mi mano por obedecerle en todo. Yo serviré á V. M. á medida de su deseo y aun haré cuanto pueda, exclamó llegando al último grado de bajeza, por tener las creencias que sean del gusto de V. M. Mas que no vengan, Señor, á decirme, mientras yo me esfuerzo porque mi mente llegue al conocimiento de la verdad, que si en esto sólo no os complazco, habré de perderlo todo. Por que debo decir á V. M. que hay además otra consideración.—¡Oh! ¡debéis decirme!*» exclamó el Rey con una imprecación. Porque una sola

palabra honrada y viril que se escapase en medio de tan abyectas súplicas, bastaba á mover su enojo. «*Espero, Señor, dijo el pobre Rochester, que V. M. no se habrá ofendido, y que al contrario, no podría pensar bien de mí á no expresarme de este modo.*» El Rey, dominándose, protestó que no se había ofendido, y aconsejó al Tesorero no hacer caso de vanos rumores, y conferenciar otra vez con Jane y Giffard (1).

LXXII.

CAÍDA DE ROCHESTER.

Después de esta conversación trascurrieron dos semanas sin que se descargase el golpe decisivo. Empleó Rochester aquel tiempo en intrigar y suplicar. Trató de interesar en su favor á los católicos más influyentes en la Corte. Él no podía, les dijo, renunciar á su religión, pero á excepción de esto haría cuanto se le pidiese, y con sólo dejarle su empleo verían que podría serles mucho más útil en su calidad de protestante que siendo miembro de la Iglesia de Roma (2). Decíase que su esposa, á quien la enfermedad retenía en el lecho, había solicitado el honor de ser visitada por la ofendida Reina, tratando de inclinar á S. M. á la compasión (3). Pero en vano se rebajaban de este modo los Hydes. El P. Petre los miraba con especial malevolencia, y había decidido su ruina (4). En la tar-

(1) *Minutas* de Rochester, dic. 4, 1686.

(2) Barillon, dic. 20 (30), 1686.

(3) Burnet, I, 634.

(4) Bonrepaux, mayo 25 (junio 4), 1687.

de del día 17 de diciembre el Conde fué llamado al gabinete del Rey. Jacobo estaba extrañamente alterado, llegando hasta el punto de derramar lágrimas. La ocasión, ciertamente, debía despertar algunos recuerdos capaces de ablandar el corazón más duro. Dijo al Ministro cuán grande era su pesar de que el deber no le permitiese llevarse de los movimientos de su corazón. Era absolutamente necesario, añadió, que cuantos estaban al frente de los negocios participasen de sus opiniones y sentimientos. Declaró deber importantes servicios personales á Rochester, y le aseguró que no se le haría la menor observación acerca de cómo había manejado los caudales últimamente. Pero el puesto de lord Tesorero era de tan alta importancia, que en general no debiera confiarse á una sola persona, y mucho menos podía un Rey católico confiarlo á un protestante cuyo celo por la Iglesia anglicana era notorio. «*Pensadlo más despacio, milord, continuó el Monarca; leed nuevamente los papeles encontrados en el cofre de mi hermano; yo os concederé, si queréis, algún tiempo más para meditarlo.*» Rochester comprendió que todo estaba perdido, y que lo mejor que podía hacer era retirarse con cuanto dinero y crédito le fuese posible, y ambas cosas le salieron bien. Obtuvo una pensión reversible de cuatro mil libras al año sobre el impuesto del correo. Había reunido grandes sumas de las haciendas de los rebeldes, y pudo llevarse el rescate de Grey, que ascendía á cuarenta mil libras, y una concesión de todos los derechos que tenía la Corona sobre las extensas propiedades de aquel lord (1). Nadie ha salido nunca del gobierno en condiciones tan ventajosas.

(1) *Minutas de Rochester*, dic. 19, 1686; *Barillon*, dic. 30 (enero 9), 1686-87; *Burnet*, I, 605; *Clarke, Vida de Jacobo II*, II, 102; *Libro de mandamientos del Tesoro*, dic. 29, 1686.

Pocos títulos tenía Rochester á los aplausos de los amigos sinceros de la Iglesia anglicana. Por salvar su empleo había formado parte de aquel tribunal creado ilegalmente para perseguirla. Por salvar su empleo había dado un voto deshonoroso para degradar á uno de sus ministros más eminentes. Había fingido dudar de su ortodoxia, había escuchado con aparente docilidad á los doctores que la llamaban cismática y herética, y había ofrecido ayudar con todas sus fuerzas á sus mortales enemigos en sus planes contra ella. La mayor alabanza que podía reclamar era ésta: que había retrocedido ante la infamia y la bajeza de abjurar públicamente, por interés, la religión en que había sido educado, que tenía por verdadera, y que por mucho tiempo había hecho alarde de profesar. No obstante, la mayor parte de los anglicanos le elogiaban y ensalzaban como si fuera el más valeroso é inmaculado de todos los mártires. Registrábanse el Antiguo y Nuevo Testamento, los Martirologios de Eusebio y de Fox, para hallar paralelos á su heroica piedad. Comparábasele con Daniel en la cueva de los leones, con Shadrach en el horno encendido, con Pedro en el calabozo de Herodes, con Pablo ante el tribunal de Nerón, con Ignacio en el anfiteatro, con Latimer en el potro. Entre los muchos hechos que demuestran cuán bajo estaba el nivel del honor y la virtud entre los hombres públicos de aquel tiempo, la admiración excitada por la constancia de Rochester es tal vez el más importante.